

Françoise

Marcel Proust nos da información abundante y detallada de la cocinera Françoise. Por ejemplo, en Balbec, transmite al narrador y a su abuela un recado de la marquesa de Villeparisis, que le ha encargado: "les dará usted los buenos días". Y Proust nos informa de que la cocinera ha imitado la voz de madame de Villeparisis, y creído que ha citado sus palabras textualmente.

Pero Proust no sólo duda de la fidelidad con la que Françoise transmite el mensaje; de paso duda de la fidelidad de Platón hacia Sócrates o de Juan con Jesucristo: el escritor nos dice que la cocinera no deformaba menos las palabras de la marquesa que el fundador de la Academia las de su maestro o San Juan las de Jesús.

Marcel Proust

Proust nace en París (Auteuil) en el verano de 1871.

Lucha con carácter firme contra su debilidad física. Entra como voluntario en el servicio militar, pero al acabar éste, su mala salud le impide continuar en el ejército.



A pesar de su fragilidad, y en defensa de su intimidad llega a batirse en duelo con su ofensor.

Toma partido decidido en defensa del capitán Dreyfus. Pero da muestras de tener por encima en su jerarquía de valores, a la amistad sobre la política. Entre los amigos fieles de Marcel está Leon Daudet, el hijo de Alphonse, y acusador y acosador persistente del militar judío.

Marcel siente profundamente la muerte de su madre. Muchos años después, Roland Barthes evocaría el dolor de Proust al encontrarse él escritor nacido en Cherburgo ante la misma pérdida.

Pan con chocolate

Recuerda Proust los paseos por el río Loir (del lado de Guermantes): se sentaban al borde del agua, y comían frutas, pan y chocolate.

El recuerdo es directo y terminal; no sirve para evocar otros recuerdos que lleven a una disquisición sobre tal o cual tía de Marcel, perdón, del narrador.

Un lenguaje particular

Ahora el chocolate sirve de intermediario. Swann busca a Odette que, supuestamente, está tomándose un chocolate. Al fin la encuentra y sube a su coche.

Swann le pregunta a Odette si no le importa que coloque bien unas orquídeas que ella lleva en el corpiño.

Desde entonces “hacer catleya” tiene un significado particular para los dos; como tantas palabras tienen un significado particular para tantas parejas, o familias o pequeños grupos de amigos.

¿Entonces, no hay catleyas esta tarde? -pregunta Swann.

No, nada de caletyas -responde Odette-. Ya ves que no me encuentro bien.

Un saber especial

Proust nos dice que tal es nuestra posición en el mundo, tal es la visión que de ese mundo tenemos: así un marido engañado ve maridos engañados por todas partes; un sastre lo primero que ve en su interlocutor es el tejido de su traje, y los dedos le queman de ansia de tocarlo y apreciar su calidad.

...un mari trompé voit partout des maris trompés ; une femme légère des femmes légères... L’investi dépiste les investis, le couturier invité dans le monde n’a pas encore causé avec vous qu’il a déjà apprécié l’étoffe de votre vêtement et que ses doigts brûlent d’en palper les qualités...

Albertine Simonet

En casa del pintor Elstir, Proust, es decir, el narrador, conoce a una joven de pelo negro y un pequeño lunar en la barbilla. Se llama Albertine Simonet.

Pero Marcel ya había reparado en ella dentro de una pequeña banda de media docena de muchachas de aspecto deportivo que él había situado entre la población que frecuentaba los velódromos e incluso le habían hecho pensar en la posibilidad de que fueran amantes de corredores ciclistas.

Sin embargo, “los que saben” se permiten decir que el modelo del que Proust se valió para crear su personaje era un muchacho.